

REFLEXIONES EN TORNO A ÉTICA DE LA EMPRESA DE ANDRÉS RODRÍGUEZ RUBIO

Este nuevo texto de Andrés Rodríguez Rubio cumple admirablemente la función tradicional del intelectual, hoy ignorada por algunos e incluso vilipendiada por otros, que es contribuir a desaleargar los espíritus, provocar la reflexión, la crítica y, en general, el cuestionamiento permanente de lo establecido. El texto es una amena dilucidación y toma de posición en torno a aquello de que una cosa es la libre empresa, y otra, la empresa por la libre, o lo que es igual, el libertinaje empresarial. Debo confesar que mi primera reacción fue de sorpresa ante la petición de su autor para que fuese un físico junto a otros dos físicos quienes presentáramos en esta ocasión su texto sobre ética empresarial. Posteriormente recordé una tesis de Ortega y Gasset, presentada en sus siempre estimulantes meditaciones sobre la técnica, en la que sostiene que “la moral es una cualidad matemática: es la exactitud aplicada a la valoración ética.” Esta idea, de claro origen espinocista y puesta en práctica al presente entre otros por mi mentor filosófico el físico-filósofo Mario Bunge, creo que es en alguna medida lo que subyace al pedido del amigo. Mis breves comentarios subsiguientes a su texto intentan cumplir la prescripción orteguiana. Incidentalmente el pensamiento científico-matemático sobre cuestiones éticas puede ayudarnos mucho a comprender porqué una de las mayores tragedias en la historia humana ha sido el secuestro de la moralidad por las religiones.

¿Qué problema fundamental del mundo hace necesario el desarrollo e implantación de una ética empresarial? ¿Qué fin primordial debe cumplir dicha ética? Enfocaré mi reflexión sobre estas dos cuestiones que ocupan la primera parte y el último capítulo del texto de Rodríguez Rubio.

Luego de transcurrido un milenio en el cual el extraordinario progreso científico ocurrió en paralelo con un retraso terrible

moral y político, el autor nos dice que el mundo está en una grave crisis. Citando al Banco Mundial, nos informa que 2.8 billones de humanos, casi la mitad de la humanidad, no vive sino que apenas sobrevive con menos de dos dólares diarios. (Contrátese esto con Puerto Rico donde es 30 dólares diario, por no decir Estados Unidos donde es 90). Recordemos que ese primer mundo donde esa estadística no aplica es apenas la mitad de China y 2/3 de la India. Pero no es sólo ese estado de situación lo preocupante, sino la velocidad y la aceleración con que el mismo se ha agravado en las pasadas dos décadas de la llamada globalización. Nosotros en Puerto Rico, alejados de los nodos principales del problema hemos adoptado el principio del avestruz (“toilet assumption: once the appearance of a social problem is swept out of sight, so is the problem,” K. Boulding) respecto al problema de la pobreza mundial absoluta y la relativa que es la que existe fundamentalmente en países como el nuestro. Yo añadiría que en el siglo XXI nos topamos con algo peor que la pobreza secular de muchos humanos y es el hecho de que millones de seres humanos ya no sirven siquiera para ser explotados pues son innecesarios para la economía global. De los pobres de hoy ya no se dice que son los de abajo, sino los de afuera. Es decir sobran, son los excluidos, los marginados.

Otros problemas fundamentales tales como el del hambre tienen su raíz en este problema medular destacado por Rodríguez Rubio como el leitmotiv de su propuesta ética. Por ejemplo, la cosecha de granos del planeta (excluida la carne, el pescado, los vegetales y las frutas) podría proveer 3500 calorías diarias por persona (la dieta normal de un adulto requiere 2000-2500 calorías diarias). La palabra sobreproducción describe exactamente la agricultura de nuestros días. Desde 1950 la producción de alimentos ha aumentado más rápidamente que la población en todos los continentes (exceptuando África). Si no hay escasez de alimento, ¿por qué hay hambre en el mundo? Si la gente no tiene dinero para comprar los alimentos entonces pasará hambre y ningún aumento en la producción de alimentos va a ayudar en

si mismo a los hambrientos. La economía capitalista, como muy bien apuntan los economistas más lúcidos, no existe para satisfacer necesidades sino que responde a la demanda efectiva y un hambriento sin dinero está fuera de la ecuación de demanda efectiva. Tampoco la caridad puede eliminar el hambre pues como se sabe no ataca la raíz económica del problema que es la pobreza.

Por otro lado, es preciso que concedamos nos dice Rodríguez Rubio que el sistema capitalista cuyo componente esencial es la empresa ha demostrado ser históricamente el mayor y mejor generador de riqueza, aun cuando esa riqueza haya servido principalmente para enriquecer todavía más a los ya ricos. El capitalismo se parece al árbol de eucalipto, crece rápidamente pero mata todo a su alrededor y sólo permite el desarrollo de unas pocas plantas. El socialismo, también señala el autor, demostró su incapacidad para competir exitosamente con el capitalismo en la faena de crear riqueza, aunque se reconoce que fue superior al capitalismo en distribuir la menor riqueza creada con mayor grado de justicia social. Andrés Rodríguez Rubio nos propone que aceptemos el protagonismo del capitalismo en el futuro previsible como lo que los físicos llamamos una condición de contorno insoslayable.

Yo tengo mis *caveats* a ese planteamiento que derivan del hecho de que el futuro de sistemas complejos como el mundo, no suele ser el presente proyectado sin sorpresas. A mi juicio hay razones muy poderosas para creer que el capitalismo, tal y como lo conocemos, es insostenible a lo largo del siglo XXI a menos que sufra reestructuraciones fundamentales. El comunismo tampoco puede haber muerto porque aún no ha nacido. Lo que existía en la unión soviética et al, era un capitalismo de estado. La concepción de Marx sobre la plusvalía sigue vigente dado el carácter parasitario del capital, o lo que es equivalente: la explotación del ser humano sigue vinculada al proceso de producción. Bill Gates tiene una fortuna de 60 billones. Esto equivale a ganarse 5 millones diarios, 7 días a la semana durante los últimos 30 años. Su fortuna permitiría pagar la educación

universitaria de bachillerato de la juventud de Estados Unidos. Esto que se proyecta como un símbolo de éxito, es en realidad una demostración del carácter aberrado y aberrante del capitalismo. Un sistema en el que el tener (posesiones materiales), reemplaza al ser (acervo de saberes y valores) como centro de las relaciones sociales, no puede ser sostenible en un mundo de recursos finitos. El humano es un ser espiritual porque es el único animal capaz de tener (hasta donde sabemos) experiencias que le permiten transgredir las fronteras del ego. Esto es, un ser humano se realiza espiritualmente cuando va más allá de sí mismo. Las posibilidades de desarrollo espiritual de la humanidad futura dependerán, por tanto, de la superación del egoísmo y la posesividad capitalista para pasar a lo que en el *Manifiesto Comunista* se llama “una asociación en la que el desarrollo libre de cada uno es la condición del desarrollo libre de todos.” En este sentido la transformación socialista y la transformación espiritual son fundamentalmente una. Recordemos que aunque Jesús no condenó el tener, lo subordinó al ser, ya que el tener y tener más no son en sí mismos un camino del ser y ser más. Buda también nos enseña que rico no es el que tiene mucho sino el que poco necesita. El derrumbe del llamado bloque socialista permitirá al movimiento socialista librarse de su lastre de dogmatismo y totalitarismo que tronchó en el pasado reciente su proyecto histórico. El espectro de Marx sigue vivo o hay que revivirlo, si es que alguna vez murió, y todavía amenaza a los regentes del neoliberalismo y la globalización.

A pesar de lo dicho, concuerdo con Rodríguez Rubio cuando propone que ante la presente ausencia de alternativas viables superiores a la empresa privada para producir riqueza, una ética empresarial operativa sería un remedio parcial si se quiere, a la injusta distribución de riqueza que produce el capitalismo. Se pretende que al igual que surgió el estado benefactor como redistribuidor del ingreso, surja la empresa benefactora que asuma lo que los teóricos de la empresa llaman responsabilidad social. Aun cuando teóricamente (en el seno de las ciencias gerenciales,

no así en la microeconomía neoclásica) la batalla en torno al concepto de responsabilidad social de la empresa ha sido ganada, todavía queda por ver hasta qué punto en la práctica las empresas lo asuman. En la medida que así ocurra el capitalismo salvaje prevaleciente se transformaría en poscapitalismo o capitalismo con rostro humano. Obsérvese, como muy bien puntualiza el autor, que tanto en la teoría clásica del capitalismo de Adam Smith como en su versión moderna a lo Milton Friedman, las empresas no tienen responsabilidad social, su objetivo es generar ganancias. Los posibles beneficios sociales son efectos colaterales del proceso que no requieren atención ni intención explícita. La mítica mano invisible del mercado los produciría. Rodríguez Rubio apunta que esta creencia se ha tornado obsoleta, y yo añadiría que no sólo eso sino que es cada vez más peligrosa para la supervivencia de la vida civilizada. La ética empresarial, entroncada en que la empresa existe para algo más que producir rentabilidad, puede contribuir a plasmar la tercera vía entre el socialismo y el capitalismo popularizada por el sociólogo Anthony Giddens. Sería una ética para una sociedad con una economía de mercado pero no de una sociedad de mercado según la ingeniosa frase de Lionel Jospin. Es de paso interesante y provocativo que Rodríguez Rubio argumente que la raíz del concepto de ética empresarial pueda trazarse hasta la llamada doctrina social de la iglesia católica, doctrina de la cual él es un reconocido experto.

Desde otra vertiente el autor también inserta el desarrollo y la vigencia de una ética empresarial en el proceso de transición desde lo que Popper llama la sociedad cerrada a la sociedad abierta. En este ámbito nos señala que la ética debe ir acompañada por una educación liberadora en el sentido dado al término por Pablo Freire, es decir, una educación que nos enseñe que las cosas más importantes de la vida no son cosas. Y que fomente una insurrección ética contra un mundo cuyo valor supremo es el consumo.

